

2023

La primera memoria que tengo de observar el *Número 1* de Jackson Pollock es una mezcla de sentimientos, raciocinio y malestar. Con escasamente veinte años, tenía total certeza de que aquella pintura era una mierda. No podía entender cómo esta inmensa cosa, facilona y fea, habitaba las paredes del museo más famoso del mundo. Salpicones de colores mustios añadidos al azar de comienzo a fin sin construir imagen alguna. Critiquizar de la manera más directa posible, generar una opinión sin antecedentes, sin historia y sin comparativas, era criticar sin contenido, una intuición sin conocimiento. La crítica sólo necesita que se reconcilien el corazón y la mente, pero la investigación y la enseñanza lo cambian todo, de eso no tengo dudas.

2005

La publicidad nos propone una sorprendente pista de carreras. Sus proporciones son monumentales. Por ahí, por esa riesgosa pista, muchos corremos y nos caemos. También hay mensajes que al desplazarse por ella nos salpican con los sinsabores de su tránsito. “¿Qué nos pasa, Puerto Rico?” es la pregunta-prédica que ordena la masiva y galardonada campaña publicitaria para promover la reconsideración de los valores de

los puertorriqueños, y que de paso juzga a la isla como pueblo y como sociedad. Esta campaña nos invita a la introspección: una revisión de nuestro comportamiento, nuestros mecanismos de defensa y nuestros hábitos en la cotidianidad. Me temo que los tapones, la prisa, la omisión de cortesía y el omnipresente uso del celular son asuntos revisados hasta la saciedad, y probablemente sólo se trata de productos de nuestra época. Muy a pesar de la estrategia psicológica de la campaña, la cual apela a nuestro sentido de vergüenza colectiva para lograr el cambio, su mensaje ideológico tiende, lamentablemente, a patinar sobre el fango de nuestro sarcasmo insular. Algunos *eruptan* para luego reverberar riendo. ¿Qué nos pasa, Puerto Rico? Cuando se nos cuelan en la fila o cuando murmuramos barbaridades desde la seguridad de nuestro carro dirigidas a otros en el estacionamiento del centro comercial, entonces pronunciamos pretenciosa y corajudamente la pregunta eslogan. Además, que yo sepa, los puertorriqueños no les gritamos diez veces al día “¡Vieja!” a nuestras ciudadanas transeúntes de mayor edad.

Pero no se trata de catar las intenciones de este encomiable esfuerzo, mi real deseo es el de presentar el antes mencionado comportamiento paródico como un síntoma de la sociedad puertorriqueña: el de no entender una compleja realidad psicológica que se nos escurre entre los dedos, y que, como a la campaña, interpretamos de manera simplista, condescendiente y desacertada.

Mi *profesión* es la de artista visual. Aunque no pretendo ser más que eso, los artistas siempre acabamos desempeñándonos en variados menesteres. Durante el último año y medio de mi vida en el país he tenido la oportunidad de ser moderador en un espacio para la discusión crítica de las humanidades llamado ÁREA. Mi

trabajo es el de proveer un lugar de presentación e intercambio ideológico entre nuestros invitados y el público visitante, los cuales intentan entablar una dinámica de retroalimentación inteligente. Y cuando hablo de retroalimentación inteligente, lo digo en contraposición al usual “estuvo chévere”. Los invitados ya tienen a sus respectivas madres, tíos y amistades para escuchar lo “bonito”, lo “chévere” y lo “diferente” que les quedó su trabajo. En este espacio nos han visitado exponentes de múltiples y diversas ramas de las humanidades. Es a través de dicha variedad de presentaciones que llegan mi testimonio y experiencia cultural.

En la gran mayoría de las reuniones semanales, hasta el día de hoy, con muy pocas excepciones, se ha repetido un comportamiento muy peculiar del “¿Qué nos pasa, Puerto Rico?”. Nos pasa que muchos opinamos y pocos criticamos. Mejor dicho, entonces, *critiquizamos*. Aunque usted no lo crea, la palabra existe en el diccionario. Significa “Abusar de la crítica traspasando sus justos límites”. Tal vez no sea esto noticia, pero, a diferencia de sólo entenderlo así, quienes asistimos al espacio de discusión lo vivimos así. Se nos hace difícilísimo construir argumentos de contraposición sin sentir que estamos retando a alguien a una pelea de gallos, siendo nosotros los gallos, en este caso. Tendemos a refugiarnos en la opinión y a huirle a la crítica. Puedo escuchar cómo alguien diría: “Ésa es mi humilde opinión”, frontal, con la merecida pasiva-agresión; también he escuchado decir: “El que venga a criticar que se vaya”, verbalización de quien sintiéndose rechazado se pone a la defensiva.

El mayor problema yace en no diferenciar entre una opinión (como la entendemos coloquialmente en nuestra inmediatez puertorriqueña) y una crítica. La

opinión no es más que una pequeña estimación. Con frecuencia no tiene referencias históricas o comparaciones articuladas, y aparentemente, en lugar de fundamentarse en pensamientos cautelosos, se basa en reacciones arbitrarias, a menudo vacías, de la intención de colaboración. La opinión es igual al ombligo: todos tenemos una. Lo terrible es que, al verbalizarla, con frecuencia la llenamos de vacíos informativos y de coraje. Cuando se nos da la ocasión de tener voz sobre algún tema que nos apasiona, alguna diferencia ideológica, alguna injusticia, y llegamos al punto de permitirnos posturas, nos convencemos de que *criticamos*. Entonces, una invisible mano aprieta nuestras gargantas al hablar sobre lo que el corazón dicta y el cerebro organiza. Nos descomponemos, usamos muletillas verbales, se nos nubla la mente y no presentamos argumentos en secuencia lógica. Y que nos perdonen: con to y tenis, y sin encomendarnos a nadie, abrimos camino burdamente para que se nos escuche. Levantamos la voz, se crece nuestro cuerpo de adrenalina, y los que no estén conmigo son el enemigo.

En verdad, esto no es una crítica, es una critiquicería. La crítica [o, con su apellido *insular/agachista*, la crítica constructiva] conlleva una clara ausencia de energía destructiva o negativa. Incluso es humilde, al menos en su origen. Tiene una agenda aclaradora, ilustrativa y empatizadora. Busca la comprensión colectiva, no la imposición jerárquica individual. Y aunque sea desde el plano idealista que propongo, no nos vendría ningún mal si partiéramos de la humildad al aprendizaje. Las opiniones o critiquicerías, tanto del exponente como del público general, subestiman el conocimiento del compañero y asumen posturas

defensivas, como “Al que no le guste...”, o “No se supone que le guste a todo el mundo, con que una persona lo entienda...”. ¿Qué importan los gustos cuando a nivel global la historia nos demuestra indiscutibles y gloriosas contradicciones como la de Vicente van Gogh? Lo que sí importa es el contenido de la idea y cuán claramente se posiciona ante su intencionalidad.

Por otro lado, la falta de articulación al hablar en público, más allá de ser un problema *performático* de inseguridad o falta de práctica, es un intrínseco y heredado miedo a la confrontación. Vale la pena traer como sustento elíptico la enfática declaración del historiador y profesor riopedrense Manuel Alvarado, quien propone en sus cursos que “La historia de Puerto Rico tiene un sustrato de conflictividad y beligerancia que ha marcado el proceso formativo de la sociedad puertorriqueña”. Además de los conflictos que ya existían entre los moradores precolombinos, los españoles, luego criollos puertorriqueños, trasplantaron sus milenarias tradiciones bélicas aquí, a nuestra tierra. Puerto Rico fue un lugar para la guerra y sus guerreros. A veces se me hace difícil entender la magnitud de estos eventos. Nuestra isla fue invadida por indígenas de otras Antillas, piratas, corsarios y potencias tales como Francia, Holanda, Dinamarca, Inglaterra y Estados Unidos, muchas veces con intenciones de saqueo y otras más en busca de la conquista permanente. Por lo mismo, tanto el arahuaco taíno como el criollo puertorriqueño necesitaron un espíritu bélico-defensivo desde su origen (el cual aún se refleja claramente en nuestra herencia de prácticas político-partidistas). Entonces, ¿cómo hemos de afrontar serena y racionalmente el desencuentro con el otro, si la confrontación bélica ha sido y es parte de nuestra herencia colectiva?

Un amigo contaba cómo lo sorprendió que en su último viaje a Europa, en diferentes instancias, vio gente que discutía fuertemente en la calle. Incluso en una ocasión presencié cómo se “entraron a las pescosadas”, y luego cada cual se fue para su casa, como si allí nada hubiese pasado. Me atrevo a generalizar que en Puerto Rico, si se discute de la misma manera, muchos supondrían que esto desembocaría en acciones legales o hasta en los consabidos actos de violencia que han condicionado nuestros estilos de vida. ¿Cómo no ha de ser así?, si, además de nuestra accidentada historia, en el presente los medios de comunicación hacen eco constantemente de la violencia para reflejar la “Descomposición de nuestros valores humanos”. El huevo o la gallina... sí lo sé, lo sé...

¿Qué nos pasa, Puerto Rico? Pues aquí les va mi crítica: lo que le pasa a Puerto Rico es que siente miedo. Y nuestro miedo no tiene nada que ver con cobardía, tiene que ver con cansancio. Tenemos un miedo aprendido que por siglos ha estado cansado de la guerra y de la supresión de nuestros intentos por reclamar nuestra tierra, la misma que inexorablemente nos tocó vivir. Aunque ya no nos acordemos de nuestras guerras por estar en nuestro desmemoriado pasado, nuestra guerra hoy en día continúa. Y hoy lo que se dispara son palabras e ideologías. Una vez reprimidas estas emociones de conflicto, como bien sabe cualquier psicólogo, se convierten en problemas de autoestima, depresión y complacencia que se reflejan en nuestro modo de hablar, de caminar y de pensar.

Nuestro país se merece más y se merece lo mejor; necesita que asumamos mayor responsabilidad de nuestros actos por medio de una cautelosa autoexaminación. Necesita que seamos incesantemen-

te autocríticos (y no autocritiquicistas). Necesita que pasemos por el largo proceso de asumirnos como víctimas colonizadas, madurar y dejar atrás nuestra aprendida identidad, que se subyuga siglo tras siglo, década tras década a la fantasía, a la dependencia y al conformismo. O, a lo Silvio Rodríguez, soltarlo todo y largarse, ¡qué fascinante! Largarse no de nuestro país, ni de nuestra labor como pueblo, sino de ese lugar de incomodidad existencial que hemos aceptado por generaciones. Para empezar, nuestro país necesita que empecemos por bajarnos del carro y caminar cada vez que se pueda, que nos vistamos con ropas más frescas para nuestro clima, que usemos sombrillas para caminar bajo el sol y no vivamos fijados a los aires acondicionados. Necesita que utilicemos ese espíritu pasional, el mismo que nos caracteriza y que tanto celebramos, y lo invirtamos en autogestiones para mejorar nuestra inmediatez dejando de esperar que otro, el gobierno en nuestro caso, lo resuelva por nosotros.

¿Y si nos organizamos para mejorar los problemas de nuestras respectivas comunidades, en vez de para otra fiesta más? Como muestran nuestros calendarios, fiestas ya tenemos de más. A ver entonces qué le pasará a Puerto Rico.¹

¹ Se confía en que toda lectura voluntaria alcance el interior del lector y conduzca a un acto crítico, en tanto que una lectura obligada llevará a una opinión, y a la aventura de emitir palabras sobre un libro sin haberlo leído se le puede llamar ejercicio de critiquización [el editor, entusiasmado, incluye esta nota con permiso del autor, que desea animar al lector para que a su vez haga sus propias anotaciones en los márgenes].